

# MC. CAMPBELL Act.

ALFONSO BERNÁLDEZ ORDÓÑEZ

(Dedicatoria: A Luis Gómez Mújica, que ha provocado, con su enigmática ocurrencia, el alumbramiento de esta pequeña historia. Se gestó entre matanceros de postín, a la vera de una torta del Casar –¡algo más habría!–, camino de la madrugada. También por ellos).

## UNA IMPORTANTE CASA NOBLE VALENCIANA

Descubierto en una almoneda de Játiva, por mi dilecto amigo, el ínclito y veterano profesor Luigi L´ Amoureux, un hermoso retrato de mi abuela Lady Campbell, de soltera Amparo Tonet, luciendo en la siniestra mano, enorme, y seguramente molesto, camafeo con el retrato de su marido, Lord Alexander, y sosteniendo en brazos a mi padre, con pinta de maricón –nada más lejos de la realidad– debido al perifollo del ropaje y al barboquejo rosa bajo el moflete, es hora de contar.

Contemos:

Mi tatarabuelo, Thomas Bruce, nació en las Orcadas, en 1787, año en el que, como sabéis, Escocia perdió su independencia. Siguiendo la tradición familiar se dedicó a la pesca del bacalao, del abadejo, del merlán y la faneca, pero, lógicamente se aburría muchísimo, por lo que decidió cambiar de profesión.

No fueron muy largas las lucubraciones debido a su predisposición céltica hacia el canto y la música, así que adquirió una zampoña y la tocaba; pero no se suele tocar la zampoña en las Orcadas, por lo que se retrajo hacia

el interior, llegando en su discurrir hasta Alloa, capital del condado de Clackmannan, en la desembocadura del río Forth, donde se contrató como pastor de ovejas.

Mi tatarabuelo que era guapetón, amoroso, simpático, convincente, y odiaba a las pécoras, un día, en el mercado, conoció a Mary White que, dejando a un lado la vulgaridad de su nombre y su apellido, era preciosa y lista. Se enamoraron perdida, loca e inevitablemente. Doncella de Lady Campbell, lo introdujo en el castillo como bardo y comediante, papel que desempeñó con dedicación y desparpajo.

Thomas y Mary se casaron y tuvieron un hijo, antes de lo que la naturaleza aconseja como plazo mínimo para que fuese legalmente concebido. Mary, mi tatarabuela, murió, como casi todo el mundo entonces, de fiebre puerperal, y Lady Campbell, mi tatarabuela, adoptó a mi bisabuelo Alfred y se fumigó, con discreción, a mi tatarabuelo hasta el final de sus días (1865).

Lord Alfred Campbell (1829- 1899), listísimo como su madre, marchó a la City, renegando definitivamente de sus ancestros, los Bruce, independentistas y bacaladeros. Introducido en la Corte, se dedicó al préstamo con usura, que entonces llamaban comercio, yéndole tan bien los negocios que Eduardo VII, deudor de algunas guineas que no se cobraron jamás, lo nombró Conde de Clackmannan y Par del Reino. Cambió la zampoña por la gaita de tres roncones, eligiendo para su falda unos cuadritos beige y azul marino que, con su socio, un tal Burberrys, promocionaron con enorme éxito.

Durante su condado, y debido principalmente al impulso económico personal, se construyó en el estuario del río Forth un largo puente muy atrevido para la época. Siempre fueron mis antepasados ligeros de bolsillo.

Es de resaltar en su biografía el bando que, al ser nombrado conde, dirigió a sus súbditos, rememorando la Carta Magna de Juan Sin Tierra, y que comenzaba así:

“Yo, Alfred Mc. Campbell, Par de la Gran Bretaña, Primer Conde de Clackmanann, a los obispos, abades, jueces, forestales, sheriffs, prebostes, y a todos mis bailíos y fieles, salud, etc...”. Como veis ya había incrustado el Mc en el apellido.

Siempre fueron mis ancestros dados a la distinción, por lo que mi bisabuelo decidió crear un escudo heráldico acorde con su nueva categoría. Tras largas noches en vela, optó por un diseño simple y vistoso: en campo de azul dos bandas de plata; color, este último, con el que recordaba a su verdadera madre, Mary Withe. Después fabricó corbatas, con el mismo dibujo, que tuvieron un éxito desproporcionado en ambas Cámaras.

Como leyenda agregó: “NADIE DIGA DE MÍ LO QUE NO DEBA DECIR”.

Casose, muy bien casado, con Lady Elisabeth Cumming, descendiente de la mítica Helen –un auténtico dolor de cabeza para los gaugers-, cuyo marido John, fundó la destilería de Cardhu, en Knockando, Morayshire. Desde entonces han sido mis antepasados muy aficionados al “uisge beata” que, en como sabéis, es el nombre gaélico del whisky.

Alfred y Elisabeth, que aportó al matrimonio belleza, fortuna, fortaleza y predisposición mesurada al riesgo y a la aventura, tuvieron un solo hijo, mi abuelo Alexander (1870- 1944), el del camafeo. Elisabeth murió, lógicamente, durante el puerperio, y Lord Alfred se dedicó, ya para siempre, al whisky, a la literatura, a la vida social, y a una sirvienta complaciente, que ejercía como ama de leche, a cuyos pechos decidió mi bisabuelo encomendar menesteres más personales.

Lord Alexander, inquieto y refinado, embarcó de grumete, previo pago de su importe, con el consentimiento paterno, en el paquebote portugués “A Tramontana”, del armador y capitán Nuno Trigueiros de Arago, que debía hacer la ruta entre Liverpool y Rimini, con escalas en Lisboa, Gibraltar y Brindisi, atravesando el estrecho de Messina.

¡Hijo mío, qué malas son las tormentas!

Pasadas las columnas de Hércules, a la altura de San Pedro de Alcántara, y aunque Nuno mandó arriar la cangreja y los foques, un fuerte viento de costado les obligó a hociar el mascarón de proa en unos bajíos.

Como no había mujeres que salvar, botaron la única chalupa de la nao con mi abuelo y su equipaje a bordo, agregándole un odre de vino de Colares y municiones de boca. El capitán y los marineros perecieron. Ya sabéis como son de suyos los portugueses para los naufragios.

Alexander arribó, más contento que unas pascuas, después de varios días a la deriva, a los barrizales de la albufera, de donde lo rescataron Pepet Tonet y su hija María de los Desamparados.

Corría el mes de febrero de 1889.

Pasada la resaca, mi abuelo se repuso y se prendó de Amparito, que era como la llamaban los lugareños. Entre nosotros: no hay cosa más hortera que ser un lugareño. Otra vez entre nosotros: siempre estuvieron mis parientes dispuestos a prendarse.

Pepet poseía varias barracas dedicadas al cultivo del arroz, del pimiento morrón, del calabacín y de la alcachofa, pero su apellido no era ilustre. Por ello, enterado de la alcurnia de su huésped, decidió unos esponsales entre

los jóvenes, que coincidieran con las fallas, enviando correos a Escocia para alertar a Lord Alfred de lo que sería, sin duda, un magno y singular acontecimiento.

La que después había de ser mi abuela representaba, ese año, en las fiestas, como Fallera Mayor, a Carcagente, pero también a Murviedro, por encontrarse la titular de esa localidad aquejada de retortijones que le impedían levantarse de donde no debe levantarse una cuando está aquejada de retortijones.

Bellísima estaba Amparo con su peineta y sus cocas, no digo que no; pero el auténtico protagonista fue Alexander, con su falda y su gaita, primer escocés en unas fallas.

Improvisó varios conciertos en las plazas públicas y en las tabernas, que le iban gustando tanto o más que los pubs de su tierra.

En un momento de recogimiento e inspiración, entre la cremá y la mascletá, compuso "Paquito the chocolate maker" cuyo éxito fulminante lo elevó a la gloria. Es el único ser vivo nombrado "Ninot indultat" por aclamación popular en la huerta de Mestalla, hoy estadio del mismo nombre.

Celebradas las bodas y el convite, Tonet decidió visitar a su consuegro, que no pudo asistir a los festejos por un ataque de gota repentino, y porque no le salió de los cojones, que para eso era escocés.

Aparejó una tartana, tirada por seis mulas, que partió desde Valencia hacia Boulogne-sur-mer, en la costa francesa. Después a Dover, pasando Calais sin mayores complicaciones.

Entre Lord Alfred y Pepet se estableció una amistad inmediata y sincera.

La ya Lady Amparo, presentaba síntomas inequívocos de gravidez: mirada húmeda, labios mórbidos, apetito bastante desordenado por la butifarra, náuseas ante el café, al que era muy adicta, y ensanchamiento de ambos tobillos.

La cubrición fue muy romántica. Ocurrió, eso sí, después del casorio, una tarde en la que mi abuela se dedicaba a la recogida del pimiento con vehemencia y se tropezó-casualmente- con mi abuelo que sesteaba -casualmente- bajo una higuera con un libro de poemas de Ezra Pound sobre la bragueta, abierto por aquel que dice: "Let the gods speak softly of us / in days hereafter/ the shadowy flowers of Orcus/ remember thee". Se lo tradujo a su esposa: "Que dulcemente hablen de nosotros los dioses en los días futuros, y las sombrías flores del Orco te recuerden".

Después pasó lo que suele pasar, bajo una higuera, entre un hombre y una mujer delicada, cuando se le recitan versos tan hermosos.

A mi abuela le gustó Escocia. Hacía punto de cruz, reposando sus brazos en las almenas del castillo, las escasas tardes en que la primavera y el verano lo permiten. El resto de la temporada, cortos paseos entre la persistente neblina y largas veladas de conversación, de libro y chimenea.

Lord Alexander dedicaba horas a la administración de su, nada escaso, peculio y a la pesca de la trucha con mosca en los múltiples arroyuelos que venan el condado.

La amistad entre Pepet y Lord Alfred se fortaleció con tragos, confianzas y canciones populares que entonaban, a veces, con desafuero.

Mi bisabuelo Alfred murió de hematuria, llevada con resignación y dignidad, una tarde desapacible. Poco después lo siguió mi otro bisabuelo, dolido del silencio y de sedimentos en el colédoco.

Nació mi padre, Anthony ((1905-2000)). Lo llamaron así por la devoción que mi abuela, nadie sabe por qué, profesaba a San Antonio de Padua.

Hubo festejos y gran regocijo. Como innovación se quemaron unos fuegos artificiales, que Tonet, en su viaje, había pasado de contrabando entre sus pertenencias y que estaban a punto de caducar. Se habló de ello durante mucho tiempo en toda la comarca. De los fuegos, por supuesto, no de su caducidad.

Para Lord Anthony, cuya infancia transcurrió entre clases de literatura, trigonometría plana, entomología, dibujo, música y la insistencia de su padre por llevarlo de pesca, algo que no llegó a conseguir, el día más feliz de su vida fue el de la primera comunión.

Olvidaba reseñar que los Campbell, a partir de la boda de Amparo con Alexander, se habían dado de baja como anglicanos, para abrazar –es un decir– el catolicismo. No muy practicantes, por cierto defecto, al parecer hereditario.

Ese día, el de la primera comunión, ¡coño!, el Conde de Bute, invitado al acontecimiento, le regaló a mi padre una escopeta de bajo calibre, que lo determinó para siempre.

Su afición a la caza menuda, a las armas y a los perros, se convirtió en deleite. Entre nosotros: siempre fuimos los Campbell muy - ¡muy! – dados al deleite.

Lord Anthony, niño todavía, era reconocido por sus vecinos como una autoridad en el abatimiento de la calandria y la totovía con espejuelo. Como veis no cito a las alondras, con las que nunca se atrevió por el hermoso poema (“To a skylark”) que Shelley les había dedicado.

Pero su consagración definitiva como hunter le llegó a raíz de una conferencia sobre el rastreo de la becada, ave muy esquiva, que pronunció en el casino de Alloa, tan aplaudida por los asistentes que tuvo que improvisar un bis acerca del lagópodo.

Pasadas las notas manuscritas por la imprenta, el resultado fue un librito precioso que se convirtió en referencia imprescindible para los aficionados a las chochas. Le agregó una adenda culinaria, arte que practicaba con virtuosismo, y cuyos resultados consumía con goce: “Variaciones en la preparación del salmís”.

La cría del cair terrier, para la caza del zorro, –estamos en la pérfida Albión– y la de sus desechos blancos, los west highland terrier, para ser acariciados por las señoras, convirtieron a mi padre en un mito.

En 1936, enterado por los periódicos de que en España, unos y otros –es por evitar los descalificativos– se estaban destrozando a garrotazos, la sangre valenciana lo incita a intervenir de parte de unos.

Arma, a sus expensas, un destacamento de Highlander, bajo la bandera de su propio escudo, a la que agrega, en jefe, un lobo pasante de sable: nadie ha sabido nunca por qué ni nadie se ha atrevido a preguntarlo nunca. Guion y banderín de idéntica factura. Esto último, más que nada, porque en las paradas militares cuando se dice aquello de:

–¡Atención! Guiones y banderines, rindan honores a nuestros muertos..., tuvieran los highlander algo que rendir, y no hicieran el ridículo mirándose entre ellos con expresión bobalicona.

Arrienda un bimotor en el vecino aeropuerto de Paisley y, tras dificultosa travesía, aterriza de milagro, con su pequeño ejército, en la base de Talavera la Real (Badajoz).

Los esperaba la compañía de honores del Regimiento de Botoa y un nutrido contingente de pacenses curiosos, avisados del acontecimiento, que quedaron pasmados ante los morriones, los bigotes y las faldas de los visitantes.

Siguiendo las ordenanzas, forman ambos escuadrones enfrentados. El capitán que mandaba las fuerzas nacionales alzó su espada y al instante los acordes de la Marcha Real resonaron marciales.

Un lapso de silencio. Ondear de pendones y estandartes movidos por la brisa.

El alfanje de Lord Anthony sale de su funda con estrépito de cuchillos afilados y brilla al sol. De inmediato los pipers y tamborileros escoceses arrancan de sus instrumentos, con virtuosismo, las notas de “Paquito el chocolatero”.

Momentáneo estupor entre los asistentes, que esperaban otra cosa. Luego, vítores; muchos vítores y aplausos.

Esa noche la dedicaron las tropas a confraternizar, que es un eufemismo para evitar decir que se embriagaron y fueron de putas.

Partieron hacia Cáceres a la mañana siguiente, donde se les había asignado como acuartelamiento la iglesia de Santo Domingo de Guzmán, regentada, curiosamente, por Padres de la O.F.M. (Orden Franciscana Menor). Trapiचेos de la desamortización que no vamos a enjuiciar. Una placa de cobre en una capilla lateral recuerda su estancia.

Después de algunos días de francachela y melopea, los enviaron a la sierra de Guadalupe, en la que se libraban combates furiosos. Solicitaron, a su llegada, entrar en fuego, algo que les fue concedido sin mayores complicaciones y de muy buena gana.

Un tábor de Regulares y dos compañías del Tercio, que ocupaban posiciones decisivas en un otero cercano, quedaron estupefactos observando y oyendo cómo, al son de sus gaitas, aquellos individuos, disfrazados de ursulinas, atacaban con denuedo al enemigo en campo franco.

Mi padre fue herido de metralla en el masetero izquierdo. La contundencia del impacto le obligó a mostrar su trasero a la tropa, algo que entre los habitantes de las tierras altas no se considera impudicia; pero fue motivo de algunos chascarrillos entre moros y legionarios, acallados prontamente por la fiereza y el cabreo mostrados por Lord Anthony después del batacazo.

Evacuado al Hospital del Perejil, de la capital de la provincia, lo opera de su herida un cirujano novato que cosió con tirantez, dejándole un rictus en la comisura de los labios, a modo de sonrisa atractiva y permanente que, decían, recordaba a Manolete.

Isabelita Márquez, joven, guapísima y recia enfermera de Piedras Albas, que cumplía el Servicio Social (S.S.) en el Benéfico Instituto, a la que se encargó de su cuidado, quedó subyugada, desposeída del ánimo, desmayada y atontada ante el conde de Clackmanann, por su atractivo y su prosa.

La pasión entre ellos brotó espontánea y brava. Y como la convalecencia fue más larga de lo habitual –porque nadie se atrevía a dar de alta al voluntario aristócrata escocés, que había limpiado de otros la sierra de las Villuercas– aprovechaban las tardes para darse revolcones entre las mantas de petroselinum, que dan nombre al establecimiento sanitario.

Aconsecuencias de los escarceos quedó preñada la que habría de ser mi madre. Como veis, son los Mc Campbell dados a tapar a sus esposas antes de serlo.



Se celebró la boda, de inmediato, en la vecina ermita de San Blas. Antes de la ceremonia, en emotivo y breve acto castrense, le fueron impuestos a mi padre los dos huevos fritos de teniente coronel y la Encomienda de la Virgen de los Hitos con distintivo púrpura, creada ex profeso, por el Caudillo, para el evento.

Actuó de padrino, por parte de él, el capitán de Intendencia A. Perales, de Ceclavín; personaje singular con el que Lord Anthony mantenía una amistad estrecha desde su llegada.

Por parte de ella, de madrina, su compañera de sala en el Hospital, la también muy bella señorita Luisina Durán, de Cordobilla del Lácara, que no apartaba sus ojos del Conde, y suspiraba profusa y hondamente.

El banquete, si es que se puede llamar así, lo sirvió Álvarez en sus salones, para un selecto y reducido grupo de comensales y bebensales. El menú: sopa de picadillo con lluvia y huevo duro; escalopín- nunca mejor dicho – a la milanesa; bollos de chicharrón y copita de orujo.

Avisados del suceso con antelación, Lord Alexander y Lady Amparo excusaron su presencia por sendas tumoraciones repentinas en los márgenes del ano, y porque no les salió de donde ya dijimos antes –no hay por qué repetir– que no le había salido a mi bisabuelo Alfred en su momento.

Después nació yo, Albert Mc Campbell y Márquez, IV Conde de Clackmannann. Cuando estas líneas escribo han pasado muchos años, y hay mucho más que contar. Si algún día me decido, vosotros, mis amigos, seréis los primeros en tener noticia.

Dios os guarde.